

EN ANTIPOLÍTICA Y NEOPOPULISMO, René A. Mayorga se mantiene fiel a su interés por contribuir al esclarecimiento de los turbulentos derroteros por los que transita la democracia en Bolivia, mostrado en estudios previos reunidos en un volumen titulado *¿De la anomia política al orden democrático?* (CEBEM, La Paz, 1991).

A diferencia de su anterior libro, sobre todo de los ensayos fechados en la primera mitad de los años ochenta, que estaban centrados en la exploración de las relaciones de poder y la articulación hegemónica ensayadas desde un marxismo crítico (cuyos fundamentos expuso el autor en otra publicación, *Teoría como reflexión crítica*, CEBEM, La Paz), éste analiza la problemática citada desde una perspectiva de corte institucional más cercana a la ciencia política estadounidense, aunque manteniendo distancia crítica de los excesos cuantitativos que a menudo ésta revela.

El interés fundamental del libro es, antes que realizar una exposición de las características que ha venido asumiendo el sistema político boliviano desde la apertura democrática, analizar la importancia que tienen las formas institucionales de la política, en tanto esferas autónomas, en el surgimiento y capacidad de neutralización de tendencias antipolíticas que, en su forma más perversa, esgrimen una postura antisistémica.

El autor sigue una estrategia metodológica en la que se distinguen tres niveles de análisis, que van de lo general a lo particular en cuanto se refiere a su recorte espacio-temporal. El primero presenta la "antipolítica" como un extendido fenómeno de alcance global, que consiste en el cuestionamiento a los partidos políticos como instancias de representación y mediación apropiadas para la democracia. En este primer nivel, Mayorga cita sobre todo aquellos análisis que tienen como referente Europa, y que se preocupan por el eventual remplazo de los partidos políticos por otras formas institucionales, como los movimientos sociales.

Esa aproximación generalísima cede pronto lugar a un estudio comparado para tres países latinoamericanos: Brasil, Perú y Bolivia. Partiendo de la premisa de que estos países no son ajenos a la corriente antipolítica, el autor analiza los caminos divergentes que sigue cada caso. La hipótesis fuerte del autor es que la explicación del derrotero que siguen los regímenes de Collor de Mello y Fujimori, así como la actuación de Palenque y Fernández, se centra en las particularidades de la institucionalidad política de cada país. La comparación le permite mostrar que si bien en los tres casos el sistema político ofrece condiciones que favorecen la aparición de un fenómeno común, la antipolítica, la diferencia específica está en que lo encauzan de manera totalmente distinta.

En cuanto a las causas que favorecen su aparición en Brasil, el autor atribuye el ascenso de Collor de Mello al carácter espurio del sistema de partidos, "de alquiler"

o “sombrija”, y por el ataque que hace ese *outsider* (“que no pertenece”) a los partidos y clase política tradicionales, sumidos en una profunda crisis de legitimidad por su incapacidad de agregar demandas y por su mediocre desempeño en la función pública. En Perú, el triunfo de Fujimori se explica también por su carácter de *outsider* crítico acérrimo de la clase política tradicional enquistada en un sistema de partidos en plena decadencia, tan inefectivo como el brasileño, aunque con mayor anclaje histórico en la sociedad. En Bolivia, es también la crítica “externa” a una clase política desprestigiada el principal rasgo “programático” que permitió a Palenque y Fernández ganar espacio en la arena política.

Ahora bien, se pregunta el autor, cómo es que, si en todos los casos el surgimiento exitoso de *outsider* se explica por su crítica virulenta a un precario y corrupto sistema de partidos, ampliamente cuestionado por la sociedad, la evolución de cada caso es tan distinta: en Brasil, acaba con la destitución de Collor de Mello bajo cargos de corrupción y la incipiente recomposición de un sistema de partidos; en Perú deriva en un gobierno de corte presidencialista de tipo democracia delegativa (en términos de O'Donnell) y la debacle del sistema de partidos; y en Bolivia, con la integración de CONDEPA y UCS y con el consecuente fortalecimiento del sistema democrático.

La evolución que sigue la trayectoria de estos líderes y partidos antipolíticos y neopopulistas, señala el autor, está ampliamente condicionada por las características tanto del sistema político de partidos como del gobierno. Ya dijimos que los sistemas de partidos en Perú y Brasil son espurios y decadentes; el boliviano, después de “la segunda transición”, que se inicia a raíz del aprendizaje provocado por el catastrófico gobierno de la UDP (1982-1985), ha mostrado una interesante evolución hacia un sistema multipartidista moderado, donde la competencia asume un carácter centrípeto favorable a la integración de *outsiders* y a una lógica de pacto.

Esto es posible en Bolivia porque el tipo de sistema electoral, cuya segunda vuelta es de carácter parlamentario, favorece la agregación partidaria (en tanto coaliciones gobernantes y no a nivel de formación de frentes electorales) y atenúa, a diferencia de lo que ocurre en Perú o Brasil, la desarticulación del ejecutivo con el legislativo. Por el contrario, en estos países, las características del sistema de partidos, el sistema electoral y de gobierno, conducen a una subvaloración del parlamento en favor de un presidencialismo que pretende obviar la oposición mediante una recurrencia al “decretismo”. Explica también por qué la solución brasileña condujo a la destitución de Collor —con el consecuente fortalecimiento del legislativo, mientras que en Perú se impuso el fujimorismo— y, por tanto, se reforzó el ejecutivo.

La segunda parte del libro corresponde al tercer nivel de análisis: el tratamiento en profundidad del caso boliviano. El análisis incorpora, en tanto potenciales actores antisistémicos, a las corrientes indianistas que actúan en la arena política. Mayorga se pregunta aquí cuál es el impacto que tienen *outsiders* e indianistas en el funcionamiento de las instituciones políticas bolivianas. Le inquieta, sobre todo, analizar los

límites institucionales, en cuanto a su capacidad de integración de los partidos neopopulistas y kataristas, proclives, en su esencia dual o ambigua, a convertirse en movimientos antisistema.

El autor revisa las diferentes valoraciones que se han hecho sobre el impacto que CONDEPA y UCS tienen en la consolidación democrática. Si bien admite, con reservas, en acuerdo con autores como Carlos Toranzo y Fernando Mayorga, que esos partidos han tenido la virtud de ampliar la participación política por vía democrática, al capitalizar el voto disponible de un amplio sector de la población y moverse dentro de la lógica de pactos —irónica, pero democráticamente, con la clase política a la que tanto critican—, considera que ésa es sólo una cara de la moneda. Antes de volcarla, es necesario señalar que es cuestionable la hipótesis del autor de que esos sectores disponibles tienen sobre todo un carácter de marginales económicos recientes (población informalizada por efecto de las políticas de ajuste, la NPE); por otra parte, en tanto no existan estudios en profundidad, es necesario matizar las afirmaciones respecto a la existencia o no de tendencias a la “senderización” o al surgimiento de una violencia social de carácter anómico, sea delincriminal común o de tipo “economía moral de la multitud”.

A diferencia de su contraparte, la otra cara de la moneda es de signo antidemocrático: los neopopulismos, que surgen gracias a las deficiencias de las instituciones de la democracia, utilizan a éstas para reproducir hábitos políticos que le son adversos, como el movimientismo, el personalismo y la legitimidad carismática, el patrimonialismo, el clientelismo, etc. Este rasgo “dual” o “ambiguo” es el que justifica, según el autor el prefijo “neo” que le asigna a estos partidos “populistas”. En cuanto a su evolución, los pronósticos del autor son esperanzadores, en cuanto considera que, por sus propios rasgos internos, así como por el grado de fortaleza que han adquirido las instituciones democráticas, los neopopulismos no podrán obtener una fuerza que ponga en riesgo el sistema democrático, como en Perú. Diríamos, entonces, que admite —con reservas— que si bien estos partidos ponen un freno a la “senderización”, no lo hacen a riesgo de una “fujimorización”.

En cuanto a los indianismos, identifica en ellos dos tendencias. Una que, a diferencia de los emergentes neopopulismos que son antipolíticos pero no antisistémicos, tiene un carácter abiertamente antisistémico de carácter fundamentalista; dados los resultados electorales que obtuvieron, estos partidos siguen una tendencia hacia la marginación y final desaparición o repliegue en un par de ONG. La otra, liderada por Víctor Hugo Cárdenas, actual vicepresidente de la república, presenta las reivindicaciones indígenas sin apelar a un discurso de confrontación que apunta a soluciones suma cero, sino más bien propone una estrategia que, desde la propia cosmovisión aymará, conduce a una complementariedad de opuestos. Esta corriente, favorable al fortalecimiento de la democracia formal como vía para la resolución de los problemas étnicos que enfrenta Bolivia, gracias a su alianza con el MNR, ha tomado fuerza, sobre todo como centro de irradiación ideológica hacia el círculo de partidos competitivos. Estas afirmaciones hallan sustento en los acontecimientos posteriores a la publicación del libro que reseñamos, pues muchas de las propues-

tas del MRTKL se han convertido en realidades, al menos jurídicas, mediante un amplio plan de reformas introducidas por el Estado (Ley de participación popular, descentralización, reforma educativa, etcétera).

Uno de los incuestionables méritos de *Antipolítica y neopopulismo* está en mostrar la importancia de la especificidad del papel de las instituciones políticas en tanto determinantes de la vida política. El abordaje comparado (práctica metodológica sumamente incipiente en Bolivia) exhibe un interesante manejo conceptual que evita el riesgo del “estiramiento” conceptual del que Sartori advierte. Empero, es preciso señalar un desliz: no se precisa el alcance teórico de los conceptos de “antipolítica” y de “neopopulismo”. El concepto de antipolítica, por ejemplo, en las referencias a los casos europeos, implica una propuesta de sustitución del sistema de partidos en tanto de instancia de representación, sin cuestionar el sistema democrático; en el estudio comparado de Brasil, Perú y Bolivia, el concepto abarca procesos diversos: en Brasil, cuestionamiento a la clase política, mientras en Perú se refiere tanto a la clase política como a los partidos como formas de representación.

En Bolivia existe, en los “neopopulismos”, un cuestionamiento a las formaciones partidarias y la clase política histórica, y menos al sistema de partidos; el indianismo “fundamentalista”, por su parte, cuestiona tanto el sistema de partidos y sus formas históricas, como al sistema democrático liberal. El concepto de neopopulismo, por su parte, mantiene las dificultades ampliamente conocidas para definir lo que es su raíz: el populismo.

Por lo demás, si bien la explicación institucionalista es elegante y parsimoniosa, extiende demasiado la autonomía relativa de lo político, reduciendo ampliamente el peso de sus bases sociales y económicas, esto es, de los actores y sus juegos de intereses. Por ejemplo, el abordaje señalado no permite explicar por qué, si bien gran parte de la clase media boliviana está harta de los políticos (y también ha resentido los impactos de la NPE), no vota por Palenque ni Fernández, es decir, por qué este sector social prefiere apoyar, pese a su descontento, a la clase política tradicional antes que al “cholaje”. En este caso, el concepto de antipolítica tiende a soslayar la importancia que tiene, en el surgimiento de estos partidos, la politización (¿anti-política?) del descontento contra un sistema social que mantiene su núcleo duro colonialista, cuyas reglas no escritas constituyen un *habitus* que permea el desempeño de los actores en todos los ámbitos institucionales (incluso de aquellos de “trigo limpio” y/o de eficacia técnica). Elude, por tanto, las debilidades del problema que tiene el sistema político en tanto instancia de construcción y ejercicio de la ciudadanía. Desde luego, estas observaciones no cuestionan la importante luz que arroja *Antipolítica y neopopulismo* a la nave democrática boliviana en su deriva.

Sergio Villena Fienngo